

CONFIDENCIAL

NOTA INFORMATIVA

BOLETIN DE SITUACION.

de Situación sem

actividad nacio

de Junio de

# LOS ESPÍAS DE SUÁREZ

ERNESTO VILLAR

La historia inédita de la Transición  
a través de los informes secretos  
de los «espías rojos» del Gobierno



ESPASA

ERNESTO VILLAR

## LOS ESPÍAS DE SUÁREZ

La historia inédita de la Transición a través de los informes secretos de los «espías rojos» del gobierno



ESPASA

© Ernesto Villar, 2016  
© Espasa Libros, S. L. U., 2016  
© Documentos de interior: archivo personal del autor

Depósito legal: B. 457-2016  
ISBN: 978-84-670-4667-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| 15 DE JUNIO DE 1977: «EXISTE LA CONCIENCIA CLARA DE HABERSE CONSUMADO UNA ETAPA».....                   | 15 |
| 1. LA TRANSICIÓN, SEGÚN LOS ESPÍAS.....   | 21 |
| El color de los calzoncillos de Felipe González.....  | 21 |
| El «inventor» y el falangista.....  | 27 |
| Un confidencial único y muy cotizado.....   | 30 |
| La «diplomacia en zapatillas» y los cables del micrófono.....   | 36 |
| 2. ¿QUIÉNES QUITABAN EL SUEÑO A LOS AGENTES DE INTELIGENCIA?.....                                       | 41 |
| Obsesionados con Santiago Carrillo.....   | 41 |
| De la omnipresencia de Tarancón al incendio de las fábricas vascas.....                                 | 44 |
| 3. PRIMERA ETAPA: 365 DÍAS CON FRANCO.....  | 49 |
| El SECED destripa la exclusiva a su presidente.....   | 49 |
| Todo un país pendiente de Fraga.....  | 51 |
| Las reuniones secretas de Arias con los socialistas (cuatrocientas mil pesetas para Tierno Galván)..... | 56 |

|   |     |
|---|-----|
| Diario de Carrillo (escrito por los espías de Franco)....                       | 61  |
| El cura, el semáforo, la calefacción y los muertos «de segunda».....            | 66  |
| Los espías minusvaloran a ETA y critican el «terrorismo blanco».....            | 69  |
| Lidiar con la prensa después de Pío Cabanillas.....                             | 72  |
| «Saludamos a los espías que nos están escuchando»....                           | 74  |
| ¿Un confidente del SECED en cada templo? .....                                  | 78  |
| De la Asamblea de Vallecas a la «Operación Puente» .                            | 82  |
| Los artistas también hacen huelga .....   | 86  |
| Una crítica a los métodos de los «grises».....                                  | 88  |
| Un día en la Universidad (o la odisea de ir a clase).....                       | 91  |
| Las «justas» reivindicaciones de los PNN.....                                   | 93  |
| ¿Qué es un nivel «tolerable» de conflictividad? .....                           | 95  |
| Elecciones sindicales y tambores de guerra en las empresas .....                | 98  |
| <br>  |     |
| 4. ENFERMEDAD Y MUERTE DE UN RÉGIMEN .....                                      | 103 |
| «Su excelencia es padre y sabe lo que se siente» (el principio del fin) .....   | 103 |
| Al Gobierno le falta «gallardía» (según el SECED) .....                         | 106 |
| El partidismo de un papa que calló ante un magnicidio..                         | 108 |
| Lejos del «búnker», cerca del rey .....   | 113 |
| El SECED critica a Arias y sabe que Franco se muere                             | 117 |
| Entre el todo y la nada está el príncipe (pero no su padre) .....               | 121 |
| Hassan II se retira y en «la Casa» se quejan del Gobierno..                     | 124 |
| Los subversivos «absorbidos» por el momento y otros movimientos políticos ..... | 126 |
| Franco ha muerto. «No te muevas de casa» .....                                  | 129 |
| Palabra de espía: la «garganta profunda» estaba en el SECED .....               | 131 |
| «No es verdad que todo estuviera atado y bien atado»                            | 138 |

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 5. | SEGUNDA ETAPA: EL CAMINO HACIA LA REFORMA .....                                 | 141 |
|    | Arias Navarro, palmas; Fernández-Miranda, silencio...                           | 141 |
|    | La oposición le da la vuelta al partido.....                                    | 146 |
|    | El presidente no es un dictador, pero sí un continuista                         | 151 |
|    | La «paliza» de Vitoria y el perfil bajo de Montejurra...                        | 153 |
|    | Doble cerco al presidente: los «sedicentes ortodoxos»<br>y la «Platajunta»..... | 157 |
|    | Después del palo, la zanahoria para UGT .....                                   | 161 |
|    | El día en el que el SECED prefirió no hablar.....                               | 163 |
|    | Tierno Galván no es lo mismo que Carrillo .....                                 | 166 |
|    | Vía libre a las asociaciones y traspíes con el Código Penal ..                  | 169 |
|    | Fría despedida a Arias Navarro .....  | 174 |
|    | Lo que el rey ha pedido .....   | 179 |
|    | El nuevo Gobierno va perdiendo antes de empezar....                             | 184 |
|    | Una historia de amor con Felipe y un camión de dinero<br>para Arzalluz .....    | 190 |
|    | ¿Espiaron en el SECED al presidente Suárez? .....                               | 194 |
|    | El milagroso cambio de actitud de los obispos.....                              | 196 |
|    | Corta vida para <i>El País</i> y «pasividad» en la Universidad..                | 199 |
|    | La dictadura ha caído; los problemas laborales crecen                           | 203 |
| 6. | LA LEY PARA LA REFORMA POLÍTICA.....  | 207 |
|    | «No hay que tener miedo a nada».....  | 207 |
|    | Muchas dudas en los agentes de inteligencia .....                               | 209 |
|    | Ministros y espías para convencer a los procuradores..                          | 212 |
|    | Un suspiro para celebrar la aprobación de la ley.....                           | 214 |
|    | Euforia en el SECED: la Transición ya es «irreversible»..                       | 217 |
|    | «Un cheque en blanco en manos del Gobierno».....                                | 220 |
| 7. | TERCERA ETAPA: DE LA REFORMA A LAS ELECCIONES.....                              | 223 |
|    | Un PSOE «confuso, agresivo e incierto» .....                                    | 223 |
|    | Los espías adivinan el «final feliz» del secuestro de<br>Oriol .....            | 228 |

|   |     |
|---|-----|
| La «semana trágica» se salta fases enteras de la guerra<br>subversiva .....             | 232 |
| El Gobierno fija las reglas, ETA impone las suyas .....                                 | 236 |
| 8. LA LEGALIZACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA .....  | 241 |
| ¿Sabe el SECED que Carrillo está en España? (Felipe<br>González da el soplo) .....      | 241 |
| La partida de ajedrez con el Gobierno.....  | 245 |
| Carrillo, en la calle, y el PCE, en la «ventanilla» .....                               | 249 |
| El «aburguesamiento» del líder despierta recelos.....                                   | 254 |
| La táctica del «angelismo moderado» del PCE .....                                       | 256 |
| La Semana de Pasión.....  | 259 |
| «Legalizarlo no es extenderle una patente de corso» ...                                 | 261 |
| «Se espera alguna reacción de los mandos militares»... ..                               | 264 |
| Dos versiones de la llamada a los ministros militares ...                               | 267 |
| El PCE «se vende» al Gobierno a cambio de su legali-<br>zación.....                     | 270 |
| EPÍLOGO. LAS ELECCIONES GENERALES DEL 15 DE JUNIO.....                                  | 273 |
| El SECED rellena las listas de AP (y del PSOE).....                                     | 273 |
| «No me pidas nada como presidente de un partido»... ..                                  | 276 |
| «Finalizado el tejer y destejer de alianzas...».....                                    | 278 |
| No todos los agentes de inteligencia tienen el mismo<br>trabajo.....                    | 281 |
| «Las ratas se van porque el barco no se ha hundido»..                                   | 283 |
| 16 DE JUNIO DE 1977: ROJOS EN «LA CASA» Y LA METÁFORA DEL<br>RÍO DE LA TRANSICIÓN ..... | 287 |
| AGRADECIMIENTOS.....  | 295 |
| BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS.....   | 297 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO .....   | 311 |

# 1

## LA TRANSICIÓN, SEGÚN LOS ESPÍAS

### EL COLOR DE LOS CALZONCILLOS DE FELIPE GONZÁLEZ

La Transición española de la dictadura franquista a la democracia es uno de los períodos de la historia de este país más profundamente estudiados, gracias a la abundante documentación que se conserva, al trabajo de los investigadores y a los testimonios de sus protagonistas.

Archivos, legajos, periódicos y papeles varios.

Ensayos históricos.

Memorias, biografías y entrevistas.

Tres miradas imprescindibles a un mismo período histórico. Tres patas para un banco al que, no obstante, le faltaba una cuarta: la información que manejaron los servicios secretos.

O, dicho de otra manera, el relato de la Transición según los espías del Gobierno.

Espías al servicio de Franco. Espías, sin solución de continuidad, al servicio de una democracia. Espías, agentes de información o de inteligencia, como queramos llamarlos, que siguen la pista a políticos de izquierdas y de derechas, a jóvenes revolucio-



narios, a curas rojos, a terroristas, a líderes sindicales y piquetes obreros, a abogados y a profesores contestatarios. A universitarios que hacen y deshacen protestas, que montan y desmontan huelgas. Que son capaces de torcer el curso universitario. ¿Cómo ven estos testigos privilegiados, desde primerísima línea de playa, la historia que pasa ante sus ojos? ¿Cómo describen, en informes confidenciales que no deben salir a la luz, esa sucesión vertiginosa de cambios? ¿Cómo explican a las autoridades, tan perdidas como el resto de la sociedad, tan desbordadas por el vértigo de los acontecimientos, lo que está ocurriendo? La respuesta está en unos informes internos, que han permanecido ocultos hasta la fecha, llamados Boletines de Situación, que conforman el eje central del presente libro. Unos confidenciales redactados a partir de la información que recababan las «antenas», confidentes y colaboradores que la agencia de inteligencia tenía en toda España y que solo algunos conocían, pocos recordaban y muchos menos aún tuvieron entre sus manos. Y que tienen un valor fundamental: influían, y mucho, en las decisiones que tomaba el Gobierno; en cómo debía conducir la incierta Transición.

Estos confidenciales eran elaborados por la cúpula del Servicio Central de Documentación (SECED), la principal agencia de inteligencia española de la época, creada en 1972 por el entonces vicepresidente, Luis Carrero Blanco, sobre los cimientos de una agencia anterior, la Organización Contrasubversiva Nacional (OCN). El SECED dejará de existir en julio de 1977, cuando pasará a llamarse Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) y más tarde Centro Nacional de Inteligencia (CNI). OCN, SECED, CESID, CNI. Cuatro nombres, por tanto, para una misma agencia. Temida por unos, respetada por otros, desconocida, en el fondo, por la mayoría.

La elaboración de los boletines dependía de la Secretaría General y de la División de Información (DINF), y en ellos se plasma la división en sectores que caracterizó a la agencia de inte-

ligencia. En el Educativo, la prioridad era combatir la propaganda hostil, denunciar las lagunas de la política educativa y —todo un homenaje a la terminología al uso— hacer frente a los «deformadores de la juventud estudiantil». A sus hombres se les daban cursos para reclutar grupos adeptos entre tanto «rojerío» y se les exprimía al máximo para que sacaran información a los confidentes. La misma red de informadores se implantó en el Sector Laboral, que llegó a montar despachos jurídico-laborales como antídoto a los del Partido Comunista (PCE). El tercer ámbito, dividido en dos en los boletines, era el Sector Religioso-Intelectual, orientado a la Iglesia y a los colegios profesionales, que montó también, con desigual fortuna, sus propios «grupos favorables» y repartió informes y documentos para extender la versión «oficial». El último en crearse, el Sector Político-Económico (1974), será el más importante de todos. Su función consistirá en reunirse con todos los protagonistas de la Transición en sus despachos, pero también en los mejores restaurantes de Madrid en una suerte de «red gastronómica» que tanto han criticado sus detractores. Por último, en el SECED había un Gabinete de Acción Psicológica (GAP), el centro de doctrina del Servicio, que analizaba la propaganda opositora y llevaba la «Operación Criterio» de formación permanente, por la cual se ponía como tarea a los agentes leer y analizar una colección de unos treinta libros técnicos, de filosofía o de política<sup>1</sup>.

Asesorar, coordinar e informar. Denunciar los fallos de la clase política. Luchar contra los «deformadores de la juventud». Recoger propaganda enemiga, reorientar la propia e intentar «colocar» el mensaje oficial donde sea posible... Una agencia de inteligencia en toda su extensión.

---

<sup>1</sup> División basada en el relato que hace Juan María de Peñaranda en *Los servicios de inteligencia y la transición política española (1968-1979)*, tesis doctoral, Madrid, 2009.

En estos boletines se recogía la actividad social y política del país y se hacía un seguimiento exhaustivo a las que se consideraban «amenazas», primero para la dictadura y después para la monarquía. A raíz de lo que le contaban sus colaboradores, los responsables del SECED pergeñaban un retrato de la actualidad de aquella semana, y lo hacían con tal grado de detalle que en sus páginas se recogían desde el número de manifestaciones (y los asistentes y los eslóganes y las consecuencias) hasta la relación de homilías «conflictivas» que se habían producido, pasando por las asambleas en las fábricas o la propaganda que se había esparcido por los pasillos de las universidades.

Su contenido, por tanto, es especialmente significativo. Era, desde todos los puntos de vista, información privilegiada. Y como tal era tratada.

El SECED elaboró 216 Boletines de Situación. La presente investigación abarca desde el 105 (21-27 de noviembre de 1974), coincidiendo exactamente con el último año del franquismo, hasta el 216, el último que se escribió, justo el día en el que España acudía a las urnas. Dos años y medio, por tanto, en los que el país puso fin a la dictadura y levantó los cimientos de un nuevo régimen. El juego de confidentiales, hasta ahora sin catalogar, procede de una donación que el general Armando Marchante Gil, primer responsable del Sector Religioso del SECED, hizo a la Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF). De los 104 primeros ejemplares no hay, por el momento, rastro alguno. Borrados, simple y llanamente, del mapa. O escondidos a buen recaudo. Ninguno de sus redactores con los que ha hablado este autor asegura poseer un juego de estos confidentiales, bien porque realmente no lo tiene, bien porque no quiere hacerlo público, lo que da más relevancia a esta documentación.

En ellos está el «diario de a bordo» de la Transición, las «historias mínimas», la letra pequeña de este período con la particular visión que tiene un agente de inteligencia. La lectura entre líneas de los boletines pone sobre la mesa por primera vez una

pregunta: ¿cómo es posible que los mismos espías que han servido a una dictadura defiendan una monarquía parlamentaria? ¿Qué ha ocurrido en solo tres años? ¿Esos espías se cayeron del caballo, les empujaron o se dejaron caer? Para elaborar este libro y contrastar la información de los confidentiales, este autor ha hablado con los máximos responsables del SECED que quedan con vida, desde su director, Cassinello, hasta los encargados de las entrevistas políticas (Juan Peñaranda, Emilio Atienza o José Faura), pasando, entre otros, por el mencionado Marchante (fallecido en 2015) o el primer espía que negoció con ETA, Ángel Ugarte. Todos coinciden en que en la cúpula del SECED, y especialmente el Sector Político, se estableció una generación de militares (todos en el Servicio lo eran) mucho más aperturista que la de sus antecesores. Con el convencimiento íntimo de que el franquismo termina con Franco y a través de una serie de documentos doctrinales, fueron reorientando el Servicio hacia posiciones más abiertas. Con la misma naturalidad con la que obedecieron al franquismo cumplirán después con la democracia, gracias, entre otras cosas, a que la Transición se hizo con la premisa del presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, de ir de la ley a la ley. De hecho, y dentro de las limitaciones propias de un órgano de comunicación que recibían las máximas autoridades del país, en los Boletines de Situación se hizo una apuesta por el aperturismo. Es cierto que en los confidentiales hay un juicio muy severo al terrorismo, al separatismo o a cualquier intento de subvertir el orden, pero también lo es que en sus páginas se elogia cualquier síntoma de moderación de la oposición por entonces clandestina y se anima al Gobierno a que vaya cambiando alguna de las actitudes, aunque sea con iniciativas como las asociaciones políticas de Arias Navarro, que demostraron ser superadas por los acontecimientos y barridas por la velocidad de una vertiginosa Transición. El ejemplo más palmario de este cambio en las actitudes es el de la postura ante el PCE, del que durante

años se han criticado —sin ambages— sus tácticas, sus fines y sus estrategias, y para el que, al final del recorrido de los confidentiales, se acepta su legalización como un paso necesario e imprescindible para la consolidación de la democracia.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Además de dar pistas sobre cómo fue esa transición personal de los agentes, hay en este juego de confidentiales dos matices importantes. Uno demuestra en qué consiste la labor de un servicio de «inteligencia». Los agentes no se limitan a recabar datos. Interpretan. Analizan. Valoran. Explican a las autoridades lo que está ocurriendo. El otro enfoque prueba hasta qué punto un Gobierno —autoritario primero, con vocación democrática después— tiene un conocimiento certero del «pulso de la calle» gracias a una legión de colaboradores que, sin embargo, en muchas ocasiones solo son capaces de constatar dónde se ha producido el incendio para después apagarlo. Nunca de prevenirlo.

El SECED se infiltra en todos los incipientes partidos políticos. Ávidos de militantes registrados, admiten a cuantas personas pretenden apuntarse y resulta sencillo, dicen fuentes de los servicios de la época, entrar en ellos. Con habilidad y ganas de trabajar, incluso se podían escalar cargos de responsabilidad. Por ello, el SECED estaba al tanto de cuanto se cocía en las organizaciones y partidos, y, así, el presidente Suárez tenía una información de primera mano. Cuando los líderes de algunas asociaciones visitaban al presidente y daban cuenta a sus consejos directivos de lo hablado, el SECED comparaba con Suárez las versiones y si estas eran correctas, interesadas o engañosas. Todos los partidos, incipientes o consolidados, estaban infiltrados en mayor o menor medida. Debieron considerar que la delicadeza del momento lo requería<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Joaquín Bardavío, Pilar Cernuda y Fernando Jáuregui, *Servicios secretos*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

Aún con Franco al frente del Estado, la situación parecía ser similar. Aunque su experiencia sea solo aplicable hasta 1974, cuando es cesado como director general de Seguridad tras doce años en el cargo, el testimonio de Eduardo Blanco a este respecto puede extenderse a los años siguientes: «Teníamos al PCE infiltrado y al PSOE superinfiltrado... Sabíamos cuándo iban a actuar»<sup>3</sup>. El propio Marchante corrobora esta información en entrevista con este autor, unos meses antes de su muerte, en abril de 2015, y aporta un dato esclarecedor:

Del PCE al principio no sabíamos nada, pero conseguí meter un infiltrado en el Comité Central que nos funcionó muy bien —y no era Ramón Tamames, como alguien ha dicho—, de tal manera que cuarenta y ocho horas después de cada reunión teníamos sobre la mesa el acta completa de lo que se había hablado. El confidente no lo hacía por dinero, sino porque se desengañó y los traicionó. Y del PSOE lo sabíamos todo. De Felipe González sabíamos hasta el color del calzoncillo que llevaba, porque los del grupo de Sevilla eran cuatro y estaban rodeados de agentes nuestros<sup>4</sup>.

### EL «INVENTOR» Y EL FALANGISTA

El «inventor» de todo este aparato de espionaje fue el primer director del SECED, José Ignacio San Martín, cuya acusada personalidad influyó en los inicios de este Servicio<sup>5</sup> y del que se decía

---

<sup>3</sup> Rafael Fraguas, *Espías en la Transición. Secretos políticos de la España contemporánea*, Oberón, Madrid, 2003.

<sup>4</sup> Salvo que se especifique lo contrario, todos los testimonios de Marchante y del resto de agentes citados (Andrés Cassinello, Juan Peñaranda, José Faura, Emilio Atienza, Ángel Ugarte y *Selas*) son en conversación con este investigador.

<sup>5</sup> En 1983 fue condenado a diez años de prisión por su participación en el 23-F, al haber enviado a la División Acorazada Brunete, de la que era jefe del Estado Mayor, a tomar Radio Televisión Española.

que «ponía y quitaba ministros». Realmente, tenía mucho predicamento en el entonces vicepresidente Luis Carrero Blanco y despachaba habitualmente con él, una medalla que muy pocos en esa época podían exhibir. Él fue el encargado de configurar la primera plantilla a partir de los mejores militares del Alto Estado Mayor (AEM), que trabajarían en calidad de comisión de servicio y sobre los que el «Alto» no tendría el menor control. Tras el asesinato del almirante, el nuevo presidente, Carlos Arias Navarro, le destituyó y nombró director a Juan Valverde, que suplió su desconocimiento en inteligencia con un trato cordial que convenció a los colaboradores de San Martín para que siguieran en el Servicio. Era, sostiene Marchante Gil, «una excelente persona», de ideología «muy falangista», pero que «no dirigió bien el Servicio»<sup>6</sup>. Pero ser amigo de Arias fue una suerte para los agentes del SECED, ya que la plantilla pasó de 226 a 425 miembros, según Peñaranda, aunque la verdadera fuerza del SECED estaba en los cerca de cinco mil colaboradores, esporádicos o habituales, repartidos por todo el país<sup>7</sup>.

Siguiendo la tradición, el nuevo jefe del Gobierno, Adolfo Suárez, destituyó a Valverde al llegar al cargo y designó para el puesto a Andrés Cassinello, que lo ocupó hasta 1977, poco después de que el SECED dejara de existir como tal. Su labor será fundamental para reorientar a esta oficina de inteligencia, en una travesía que se fue sustanciando a través de tres documentos doctrinales redactados por el propio Cassinello: «Ante el cambio» (junio de 1974), «El Servicio ante el momento» (diciembre de 1975) y «El Servicio ante el momento actual» (septiembre de 1976). El más importante de los tres fue el primero, toda una declaración de principios que Cassinello, por aquel entonces apar-

---

<sup>6</sup> Armando Marchante Gil, «La petulancia del girasol: del SECED al CESID», *Razón española*, Madrid, 2013, núm. 182.

<sup>7</sup> Luis Díez, *Las cloacas de la Transición*, Espasa, Madrid, 2011.

tado del Servicio por discrepancias con San Martín, puso como condición *sine qua non* para reintegrarse en el SECED. Era un documento de doce folios en el que defendía un «replanteamiento serio» ante la apertura, con un toque de atención severo a las estructuras del régimen: «La degradación de la guía carismática del caudillo [...], la corrupción moral, la desafección de sectores cada vez más amplios [...], la crisis de la unidad nacional [...] son detalles externos de la degradación del mecanismo político». Frente a ello, según Cassinello, había que «abrir las compuertas de un pantano para regar el valle sin que se inunde» mediante un «programa de reversión» con el que fijaba once tareas para el SECED, entre ellas dotar al Gobierno de «órganos propios de acción psicológica» (prensa, radio, televisión, editoras) compatibles con la liberalización de la prensa; «llevar a cabo un estudio profundo y completo de los grupos políticos, incluso de los más o menos clandestinos, para que los riesgos que se acepten sean precisamente los calculados»; «sanear la imagen del Régimen» mediante la persecución del fraude fiscal y la evasión de capitales; acabar con los enfrentamientos con la Iglesia, y rechazar, sin medias tintas, la pena de muerte. Y un último punto muy sorprendente: «Es preciso sentar radicalmente que el comunismo no puede autorizarse en España, como tampoco se autoriza el nazismo en Alemania. Aquí el límite es claro». La realidad demostró que, claro o no en 1974, aquel límite quedaría pisoteado por los acontecimientos. El documento debían devolverlo firmado todos los directivos como prueba de su aceptación, lo que, según Peñaranda, provocó un «constante goteo de bajas» entre aquellos que ni siquiera en ese momento estaban dispuestos a colgar en el armario, sin más, la camisa azul. Marchante corrobora que una veintena de oficiales pidió la baja al ver el cambio de orientación que se estaba dando, así como «la deriva de ataques al régimen y la búsqueda de acuerdos con los socialistas y democristianos, todo ello en continuas reuniones por todos los restaurantes caros de Madrid».



Ya tenemos, por tanto, encuadrada ideológicamente a la cúpula del SECED en el momento en el que arranca esta investigación, embarcada en una labor de punta de lanza entre los sectores inmovilistas del régimen y los aperturistas. Dentro de este maremágnum de servicios de inteligencia de la dictadura, a los que Fernando Rueda atribuye una cualidad común («coincidían en su fidelidad al franquismo y en estar dirigidos por hombres que se habían caracterizado por su participación en la represión política») había, según este autor, una «honrosa excepción» en un sector del SECED que «colaboró abiertamente en hacer más fácil la transición democrática»<sup>8</sup>. La avanzadilla de este cambio de rumbo correspondió al Sector Político del Servicio, creado por una serie de oficiales que tuvieron un gran predicamento en los sucesivos directores. «En el SECED comenzaron a aparecer algunos oficiales que vieron que el régimen se moría y que en la nueva situación era más interesante pactar con la oposición, y que estaban capitaneados por Andrés Cassinello y Leandro Peñas Varela», acusa Marchante.

### UN CONFIDENCIAL ÚNICO Y MUY COTIZADO

Una de las herramientas por las que se podía, y debía, reorientar el SECED, eran los Boletines de Situación, que constituían una de las tres vías de análisis y comunicación que tenía el Servicio, junto a las notas al presidente —que redactaba el director— y la «valoración mensual». Pero, por su volumen de información y su contenido, los boletines eran únicos en su especie. Se redactaban semanalmente (salvo en vacaciones, cuando abarcaban entre dos semanas y mes y medio) a partir de lo que le proporcionaban «varios miles de informadores más o menos conscientes de su

---

<sup>8</sup> Fernando Rueda, *La Casa*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

aportación al SECED», según Peñaranda, y su contenido se cerraba los miércoles en la sede de la agencia, en Castellana, 5 (junto a la sede del Gobierno, Castellana, 3, hasta el traslado a La Moncloa). De extensión variable, estaban compuestos generalmente por entre treinta y cincuenta páginas y podían ir acompañados de anexos con documentos internos originales, propaganda o folletos requisados a organizaciones opositoras. Su proceso de elaboración era el siguiente: durante siete días se recababa la información de cada delegación territorial y de cada ámbito en que estaba dividido. Los responsables de estos sectores cribaban la información más importante, la redactaban y la enviaban a la sede central. Allí, el equipo directivo le daba el último visto bueno y escribía la «portada» o el «editorial» correspondiente a esa semana, conocido popularmente como la «hoja verde», en alusión al color del folio. Según explica Cassinello, el equipo directivo estaba formado, en la época de Arias, por él mismo como director de Operaciones del SECED (número dos del Servicio), por el director, Juan Valverde, y por el secretario general, José Peñas Pérez. Con la llegada de Suárez a la Presidencia, la responsabilidad directa correspondió a Cassinello. En la redacción también participaba, de forma habitual, José Faura como director del Departamento de Información. Ellos eran los que daban el visto bueno al conjunto del documento y redactaban la «hoja verde». Dado su carácter confidencial, el boletín (del que apenas hay rastro documental ni referencias en las investigaciones en torno al SECED) tenía una difusión restringida, aunque los receptores no siempre eran los mismos. Peñaranda afirma que «oficialmente» el destinatario único era el presidente del Gobierno, aunque también los recibían algunos ministros, especialmente los militares, el príncipe y «en alguna ocasión se derivaba a otros estamentos, con copia, para que se pusiesen a trabajar en algún tema en concreto que les afectaba». «Desde luego, era el vehículo principal de información del SECED», agrega. Cassinello añade a los

gobernadores civiles como receptores, aunque sea de forma ocasional. Faura ratifica esta apreciación con anécdota incluida, que recuerda con sorna cuarenta años después:

Los boletines se enviaban al Gobierno Civil y Militar, a algunos gobernadores y a una parte de los ministros, pero no a todos. Pero era difícil controlar cuántos había, porque de ellos se hacían fotocopias. Recuerdo que una vez, cuando iba montado en un autobús por la Castellana, vi que un pasajero estaba leyendo la «hoja verde». Me sorprendió mucho, dije: «¡Pero si eso es el boletín!».

Marchante Gil, que estuvo en la génesis de estos boletines, asegura que eran necesarios «para que se tuviera una idea clara de lo que estaba ocurriendo, porque había muchos confidentiales dispersos y muy malos». En la nómina de receptores sitúa, además de El Pardo, La Zarzuela y Presidencia del Gobierno, todos los ministros y subsecretarios, los gobernadores civiles, los capitanes generales y los Estados Mayores de cada uno de los tres ejércitos.

Más importante aún que la identidad de quienes los recibían era la estima que se tenía de su contenido. Y aquí no es necesario recurrir a valoraciones ni opiniones subjetivas. En febrero de 1976, el SECED envió a los receptores de los boletines una encuesta de «satisfacción», que publicó tres meses después, en el resumen 168 (6-12 de mayo)<sup>9</sup>, y que es sumamente esclarecedora: más del 70 % considera la información que se incluye «suficiente» y «completa», aunque algo más de la mitad pide más páginas. En cuanto al interés de los temas, para el 75 % la «Panorámica general» y las actividades de los grupos clandestinos son los preferidos, seguidos por el de la conflictividad laboral (que interesa al 55 % de los lec-

---

<sup>9</sup> B. S. núm. 168, anexo.

tores), los ámbitos educativo, política de carácter abierto y religioso. Por último, el que menos atención concita, aunque por encima el 40 %, es el profesional, mientras que los anexos son leídos con interés por uno de cada tres lectores. Asimismo, nueve de cada diez encuestados piden que se sigan difundiendo los boletines y, sobre todo, el 92 % los considera «objetivos», que era el mayor anhelo de sus autores y también de lo que más presumen. Peñaranda lo resume así en su tesis doctoral:

La total independencia de criterio con que se redactaban aquellos informes periódicos producían pinceladas o tonos no siempre concordantes con los criterios gubernamentales, circunstancia que solía originar mayor avidez entre los habituales lectores y un enorme deseo entre los políticos por acceder a tan reservadas publicaciones. En una etapa en que proliferaban los boletines *off the record* en entidades públicas y privadas, el del SECED, por razón de sus excepcionales fuentes, se convertía en el número uno de su especie.

Y lo amplía en entrevista mantenida con este autor:

Eran de una sinceridad dolorosa. En más de una ocasión se enfadó Arias Navarro por lo que se decía allí y porque le habían dejado mal, pero era lo que pensábamos sobre las decisiones que había que tomar, o lo que opinaba la gente, o bien lo que estaba ocurriendo porque no se tomaban determinadas decisiones, y así se lo hacíamos saber. También en alguna ocasión Cassinello hizo enfadar a Suárez, al que no le gustaba que le cuestionasen así sus subordinados.

El comandante Emilio Atienza, compañero habitual de Peñaranda en las entrevistas políticas, ratifica a este autor este punto de vista:

Cassinello le puso a veces a Suárez las cartas boca arriba. Se contaban las cosas con crudeza, y se exponían las ventajas y las des-

ventajas de cada acción, como se hizo con la legalización del PCE. Se presentaban las críticas descarnadas, tal como nos las contaban a nosotros, porque si no aquello no serviría para nada.

Faura, por su parte, sostiene que los boletines «eran muy valorados» entre sus receptores, y recuerda que en alguna ocasión llamaron al SECED para preguntar si el último número había salido ya y por qué no lo tenía su jefe. Con razón, como recuerda Peñaranda, sus autores tenían la sensación de tener entre manos un oscuro objeto del deseo:

Había «tiros» por tenerlos y por decidir a quién se daba y a quién no. Nosotros lo llamábamos «repartir caramelos». ¿A quién hay que repartirlo esta semana? A veces, el presidente de turno daba la orden de llevarlo a tal o cual autoridad en función del contenido. Otras veces se enfadaba por lo que ahí se decía, porque les dejaba mal, y se quejaban de que eso lo habían visto otras personas.

¿Para quiénes eran útiles? Desde luego, para las Fuerzas de Seguridad, a quienes marcaban por dónde actuar. También para los responsables políticos, que podían hacerse cada semana una composición de lugar. Además, los boletines iban fijando el calendario, adelantando fechas conflictivas y aventurando cuál sería el comportamiento de aquellos sobre los que se informaba. La propia urgencia de estos pronósticos hará, como veremos, que muchas veces sean equivocados. Al fin y al cabo, no eran más que el reflejo de lo que pensaban (o decían que pensaban, o querían pensar) las fuentes informantes.

Además de la política, el otro gran campo en el que los agentes de inteligencia volcaron sus esfuerzos fue el del terrorismo. De ello puede dar fe Ángel Ugarte, alias *Ubieta*, jefe del SECED del norte y el primer hombre que negoció con ETA (Suiza, septiembre de 1976), y el encargado de poner en marcha el Plan

Udaberri («Primavera» en euskera), orientado a conocer, primero, y a combatir, después, el terrorismo separatista. El retrato que hace de aquellos agentes con los que trabajó es útil también para darnos una idea de cómo eran esos hombres que inspiraron la información de los Boletines de Situación, aquellos que estaban al otro lado, detrás de una máquina de escribir, asomados a un periódico, recogiendo la información de los confidentes o apostándose a las puertas de un bar o una iglesia porque sospechaban que allí se iban a reunir los simpatizantes de ETA. Así lo explica el propio Ángel Ugarte:

Nos tocaba hacer de todo (entrevistas, universidad, panfletos, seguimiento de la prensa). Mientras, yo me recorría las tres provincias y Navarra para reunirme con los jefes y darles ánimos. Lo hacía en mi coche hasta que lo quemaba de tantos kilómetros. El nuestro era un trabajo vocacional. Teníamos el compromiso de no estar más de tres años en ese destino tan sacrificado, pero casi nunca se cumplía. Algunos estuvieron siete años<sup>10</sup>.

Junto a ellos, el primer eslabón de esta cadena de información está en la arriesgada labor de los confidentes o «infiltrados» de los servicios secretos. El agente *Selas* o *Cancel*, reclutado en 1971 cuando era un oficial de la Armada destinado en el Servicio de Inteligencia Naval de la flota en Rota, fue el encargado de poner en marcha, en 1974, una de estas redes de colaboradores, que llegó a estar formada por quince personas, la mayoría de ellas en Francia, según su propio testimonio. Su misión era obtener información de los «liberados» de ETA, acceder a sus fuentes de financiación y, en última instancia, captar alguno de sus boletines internos<sup>11</sup>. Tarea harto complicada. Así lo explica este agente:

---

<sup>10</sup> Entrevista con Ángel Ugarte.

<sup>11</sup> Entrevista con el agente *Selas* o *Cancel*.

Llegamos a la conclusión de que el éxito de los atentados era gracias a los liberados. A uno le cogimos en la calle de la Madera de Madrid. Llevaba cinco años en la capital. Se apostaba junto al quiosco de la Puerta de Alcalá y apuntaba la matrícula de los coches oficiales que pasaban y si tenían banderín o no. Trabajaba como auxiliar administrativo de una empresa.

El perfil de los confidentes era de lo más variado, y sus retribuciones económicas, también. Respecto a las motivaciones que llevaban a estos ciudadanos a convertirse en informantes, este agente sostiene que «unos decían que lo hacían porque eran vascos pero se sentían muy españoles y no estaban de acuerdo con lo que estaba pasando. Otros porque necesitaban el dinero, para qué nos vamos a engañar, y los había que necesitaban que ayudáramos a sus familias con cualquier cosa». En cuanto al dinero que se pagaba por estos servicios al Estado, *Selas* asegura que a alguno especialmente valioso se le llegaron a pagar cien mil pesetas al mes, aunque aclara que nunca se les retribuía después del primer servicio que prestaban:

Primero se les evaluaba y se comprobaba si eran sinceros o no, y a partir de la segunda o tercera información se les empezaba a pagar, cuando se comprobaba que su información era buena. Les pagaba yo mismo con un sobre que escondía en un periódico, en plena calle, en un parque o en un bar. Algunos fueron muy eficaces y estuvieron muchos años con nosotros.

#### LA «DIPLOMACIA EN ZAPATILLAS» Y LOS CABLES DEL MICRÓFONO

Además de esta red de confidentes repartida por toda España, la otra fuente de información fueron las miles de entrevistas que llevaron a cabo los agentes con los dirigentes políticos, empresariales y periodísticos del país. Los discretos encuentros, bautizados

por el agente Peñaranda como «diplomacia en zapatillas» —por que estaban desprovistos de cualquier oficialidad y boato, y aspiraban a ser reuniones casi de «andar por casa»—, llegaban hasta los socialistas, pero nunca traspasaron la frontera en la que estaba el PCE. ¿Cuántas entrevistas «en zapatillas»? ¿Con quiénes? El jefe del Sector Político asegura haber anotado referencias de más de mil cuatrocientas con más de trescientas personalidades. Comidas y cenas, reuniones más o menos informales con Leopoldo Calvo-Sotelo o Felipe González, con Alfonso Escámez o José María Ruiz-Mateos, con Manuel Díez-Alegría, Gutiérrez Mellado, Luis María Anson, Jesús de Polanco o José Mario Armero. La lista es enorme. «Otros como yo también hicieron muchas entrevistas. A lo mejor en esta etapa se llegó a las diez mil —calcula Peñaranda— con la cantidad de información que eso conlleva». Junto a este agente, el gran protagonista de estos encuentros fue Atienza, procedente del regimiento de la guardia de Franco, que calcula que en total llegaría a realizar cerca de un millar, a un ritmo de, al menos, una a la semana.

Las reuniones eran informales, pero ellos sabían quiénes éramos y qué queríamos. Aunque se guardaran cosas, con lo que nos contaban nos hacíamos un mosaico. En el trabajo del Sector Político del SECED no cabe el engaño sino la inteligencia. Había que sacar lo que interesaba a costa de dar algo, y eso se transformaba en una nota informativa, se clasificaba y valoraba con arreglo a quién era la fuente, si tenía o no credibilidad. Un día se daba en el clavo y otro no.

La segunda parte de su trabajo comenzaba, precisamente, con el apretón de manos que ponía fin a la entrevista:

Cuando se terminaba, íbamos a casa a transcribir lo que nos habían dicho, a la hora que fuera, en la cama incluso, lo que me valió más



de un enfado con mi mujer. Después se contrastaba lo que Juan [Peñaranda] y yo habíamos escrito por separado y hacíamos un informe que se remitía a continuación para ser utilizado en los Boletines de Situación.

A partir de cierto momento, revela Atienza, la tecnología echó un oportuno cable al difícil trabajo de la memoria: «Empezamos a utilizar micrófonos ocultos. Los cables eran muy incómodos, había que meterlos bajo la camisa y asegurarse de que funcionaban. Eran rudimentarios, pero eficaces». Pero también jugaron malas pasadas, como cuando a Peñaranda le advirtió su interlocutor, un importante empresario con quien comía en el restaurante Jockey, que le parpadeaba una luz roja del bolsillo de la camisa: «Salí como pude diciéndole que le estaba grabando porque del tema del que hablábamos, algo sobre el patrón oro, no entendía nada y tendría que volverlo a escuchar luego para hacer un informe correcto. No le hizo mucha gracia que le grabara sin consentimiento». Con todo, la principal arma de estos agentes era su preparación. «Como oficiales de inteligencia que éramos, hacíamos muchos cursos de formación, y eran duros y rigurosos, no se trataba simplemente de preguntar. Los equipos eran buenos», recuerda Atienza.

La del mencionado José Faura es la otra pluma que está detrás de la redacción de los Boletines de Situación. Era el encargado, junto a Cassinello y José Peñas Pérez, de redactar la «hoja verde», pero también de mantener muchas de las reuniones que alimentaron los renglones de estos confidenciales. Se encargaba de las entrevistas con los responsables de los medios de comunicación, «desde Luis María Anson hasta el director de *Pueblo*», además de las de contenido político. «Íbamos a muchas reuniones, pero la otra parte sabía que estábamos ahí, no estábamos de infiltrados ni nada de eso», aclara. El interlocutor más trascendental con el que compartió mesa fue, sin duda, Felipe González,

con quien mantuvo dos reuniones, aunque con otros el contacto era más frecuente: «Una vez a la semana desayunaba con Garrigues Walker en un hotel de la Castellana. Nos tanteaba para adentrarnos en la vía democrática, pero nos decía: “Por lo que más queráis, no legalicéis el PCE”». De estas entrevistas, cada sector del SECED hacía un resumen a partir de las transcripciones que les pasaban los agentes; lo ponía en contexto, evaluaba y relacionaba entre sí. «Un servicio de inteligencia se distingue por esta labor valorativa», concluye Peñaranda.

Con zapatillas o sin ellas, gracias al soplo de un confidente o con la experiencia que da leer la prensa entre líneas, los agentes de información pudieron hacerse una composición de lugar que pocos tenían. Su crónica se elaboraba «en directo», para lo malo y para lo bueno. Carece de la perspectiva que da el tiempo, de la distancia que aportan unas memorias, un ensayo histórico, un estudio sociológico. Pero aporta testimonios de primera mano, una visión que ningún otro cronista puede proporcionar. Y más en un terreno tan brumoso como el de los servicios de inteligencia en España y, especialmente, durante la Transición, donde la ausencia de archivos<sup>12</sup> es consecuencia de la propia idiosincrasia de esta actividad —en las antípodas de la transparencia—, pero también de la política de «tierra quemada» que se ha llevado a cabo. Peñaranda, que tilda de «vergüenza» el material que «se ha tirado», denuncia que Suárez «apenas encontró historia escrita al hacerse cargo del poder ejecutivo en el verano de 1976». Y concluye:

Podríamos achacar a las mudanzas la pérdida o el expurgo de los viejos archivos de la Tercera Sección del AEM, del SECED y del

---

<sup>12</sup> El autor ha podido comprobar que en el Archivo de Presidencia del Gobierno no hay oficialmente ningún documento perteneciente al SECED. Tampoco en el Archivo General de la Administración (AGA) de Alcalá de Henares.

CESID; también la falta de espacio pudo aconsejar adelgazar drásticamente los fondos acumulados a lo largo de un tercio de siglo. Pero sobre todo pudo influir en ello la política archivística aplicada por la media docena de directores que se sucedieron y los criterios que ordenaron para la conservación de viejas historias de la «Casa», quizás comprometedoras<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Juan María Peñaranda, *Los servicios secretos...*, ob. cit.